

diálogo

SE habla, frecuentemente en contraposición poco feliz, de la "Iglesia del baluarte" y de la "Iglesia de la apertura", de la Iglesia que conserva y de la Iglesia que avanza, de la Iglesia que defiende y de la Iglesia que ofrece, de la Iglesia estática de los pastores y de la Iglesia dinámica de los pescadores.

Bien entendidas, todas estas posturas se arraigan en el Evangelio: sea la fidelidad del "baluarte", a condición de que el celo por defender la verdad no la conduzca al fanatismo; sea la "apertura", con tal de que el avance hacia las personas no traicione la verdad.

El "baluarte" corre el riesgo de perseguir a las personas por amparar la verdad; su lema es la seguridad.

Opuestamente la "apertura" corre el riesgo de jugar con los valores trascendentales a cambio de un vasto abrazo humanitario.

Aclarados los peligros de las posiciones extremistas, avancemos algunas consideraciones sobre el estilo de la "apertura", del diálogo, imprescindible para el avance de la historia.

"El diálogo es un modo de ejercitar la misión apostólica, un arte de espiritual comunicación". Con estas palabras, la *Ecclesiam suam* pulsa y revela el arte en que quiere ejercitarse nuestra generación. Más adelante ese diálogo es llamado "peso", "estímulo", "casi una vocación". Es la expresión del "ansia de conocer los caminos del Señor".

El concepto de diálogo se vincula íntimamente con el de la persona. Un ser humano enriquece su espíritu en el diálogo con otro. "No son las personas quienes hacen el diálogo sino el diálogo quien hace a las personas". (Jean Lacroix).

El diálogo no es solamente el camino de acceso

para el conocimiento de otro espíritu sino un espejo para el conocimiento del propio.

El fanático, prototipo de quien monologa, no alcanza a conocer al prójimo, y tampoco se conoce plenamente a sí mismo.

Hegel habla de una prehumanidad en la cual predomina el monólogo y del paso a la humanidad, caracterizada por el diálogo, que reconoce en el "otro" una conciencia.

En el esfuerzo por la búsqueda de la verdad se esconde un control íntimo y recíproco de las conciencias.

Quien dialoga parte básicamente del reconocimiento de una igualdad humana, al menos en cuanto a la naturaleza y a los derechos. Sin ese reconocimiento, el ser humano ve en el prójimo una "cosa". "Está dentro de la exaltada melancolía de nuestro tiempo, que todo *tú* en el mundo se convierta en un *eso*", proclamaba Martín Buber, el filósofo-teólogo fallecido el 13 de este mes. El mismo acentuaba que el hombre no constituye una mera existencia, sino una coexistencia, la cual se da en el diálogo. Sin él no se alcanza lo humano, porque es lo que permite el pleno despertar de la conciencia, la proyección a lo futuro, trascendente, eterno. (Buber, dicho sea de paso, impulsó uno de los más audaces puentes de nuestra época, el de árabes y judíos, sugiriendo un Estado binacional en Palestina.)

Pero volvamos a nuestro asunto. El diálogo ejerce una reciprocidad entre iguales; practica, entonces, un conocimiento del prójimo a través de muy distintas vías, desde la afectiva y sensible, hasta aquellas en que entran el entendimiento y la voluntad. Cuanto más se quiere a una persona más se agudiza la capacidad para comprenderla, en tal forma que el amor es en sí mismo una fuente de conocimiento.

Por el contrario, el desconocimiento de la igualdad conduce a la violencia.

En estos planos interhumanos, como en todos, la exageración se columpia de un cabo al otro. Cuando no se cae en la violencia se va a la candidez, basada en una confianza sin límites en el prójimo.

Ineludible condición es la sinceridad y respeto recíprocos. De ahí parte el verdadero diálogo.

La confianza es indispensable. Pero estamos en la

presuposición de valores objetivos. En el extremo de la ingenuidad pueden caer, por ejemplo, quienes predicán un desarme unilateral evidentemente suicida.

En consecuencia, ni violencia ni ingenuidad ni desconfianza a priori. "El trabajo más hermoso por la paz es luchar contra la desconfianza preconcebida". (Albert Schweitzer).

Tampoco las pesadas ruedas arrolladoras que suprimen adversarios ni los despersonalizados mimetismos.

La pretensión de conocer desapasionadamente el punto de vista ajeno, no significa aprobarlo. Dominique Pire recuerda cuan raro sea el verdadero diálogo y cuanto abundan los falsos. "Falso diálogo: cuando uno de los adversarios expresa su idea sin preocuparse de entender la del otro. En la mayor parte de las discusiones políticas, nacionales o internacionales, el delegado que habla no busca comprender el punto de vista del otro, sino quiere, simplemente, afirmar el punto de vista de su grupo o de su país. Y aún, falso diálogo, cuando un pretendido diálogo se hace con palabras a las cuales cada uno de los interlocutores da un sentido diferente. Palabras como "paz", "libertad", "democracia" y aun la palabra "diálogo" sirven frecuentemente como materia prima para este diálogo entre sordos".

Es menester usar las mismas palabras, como cáscaras que encierran la misma almendra.

De lo que acabamos de decir, se desprende que, además de la sincera intercomunicación de conciencias, se presupone algo basilar: que se reconozca como tercer elemento una misma *gama de valores*.

Tal común aceptación partirá al menos del hecho de la trascendencia de la verdad y de la justicia. "Es lo que hace que la mayor parte de las rebeliones que alcanzan éxito sean aquellas hechas en nombre de valores que el adversario rehúsa en la práctica pero reconoce en teoría". (Jean Lacroix).

El diálogo es ajeno a los aires de triunfo, de dominio, de prepotencia. Encierra un sentido de sacrificio, aun para oír largamente antes de hablar; una atención vigilante, una expectativa en la búsqueda de la verdad y del conocimiento del prójimo, de sus estructuras mentales, aunque objetivamente esté en el error. El diálogo no es en sí propagandístico, como no lo es

una investigación científica seria. De ahí, la dificultad para emprenderlo entre quienes pretenden que todo contacto sea una cruzada.

El diálogo es un camino, no un ariete; el "otro" ha de mirarse como un interlocutor, no como un enemigo.

Ese contacto interpersonal presupone un ambiente que lo respalde; pero a la vez, por curioso círculo, tiende a crear y acrecentar tal ambiente.

Las diferencias no son un obstáculo sino casi la razón del diálogo mismo. "Si soy diferente de tí, en vez de limitarte yo te enriquezco". (Antoine de Saint Exupéry).

* * *

Hemos querido pergeñar algunas ideas referentes al diálogo, en general, sin bajar a las aplicaciones por menorizadas. Estas líneas ofrecen solamente generalidades de base, precisamente en este número donde incluimos el documento conciliar referente a las religiones no cristianas y varios artículos que analizan aspectos de ellas en particular. Nada de esto es exhaustivo. Constituyen sólo caminos de conocimiento recíproco; vías de paz y de hermandad: "Amar a todos los hombres, no porque sean hermanos, sino a fin de que lleguen a serlo" (S. Agustín). Pero la hermandad requiere diálogo, y éste exige palabras, palabras que ya Homero se las imaginó aladas, como pájaros que necesitan la rama sobre la cual reposar que, en este caso, es el tímpano expectante del prójimo. Alguien indica que Homero, jamás hablando de un héroe dice que murió, sino que a su palabra ya le faltaron las alas, como queriendo significar que su misión en la vida terminó cuando terminó su diálogo.

LA DIRECCIÓN

Recibimos a ustedes con afecto, con estima y con sincero respeto, por sus respectivas creencias y opiniones.

Paulo VI, a peregrinos
protestantes y ortodoxos,
5 de abril de 1964.
